

los cuadros

del Escorial y del Prado

Por

FRANCISCO JAVIER
SANCHEZ-CANTON

*(De las Reales Academias de la Lengua,
Historia y Bellas Artes)*



Adoración de los Pastores. MUSEO DEL PRADO

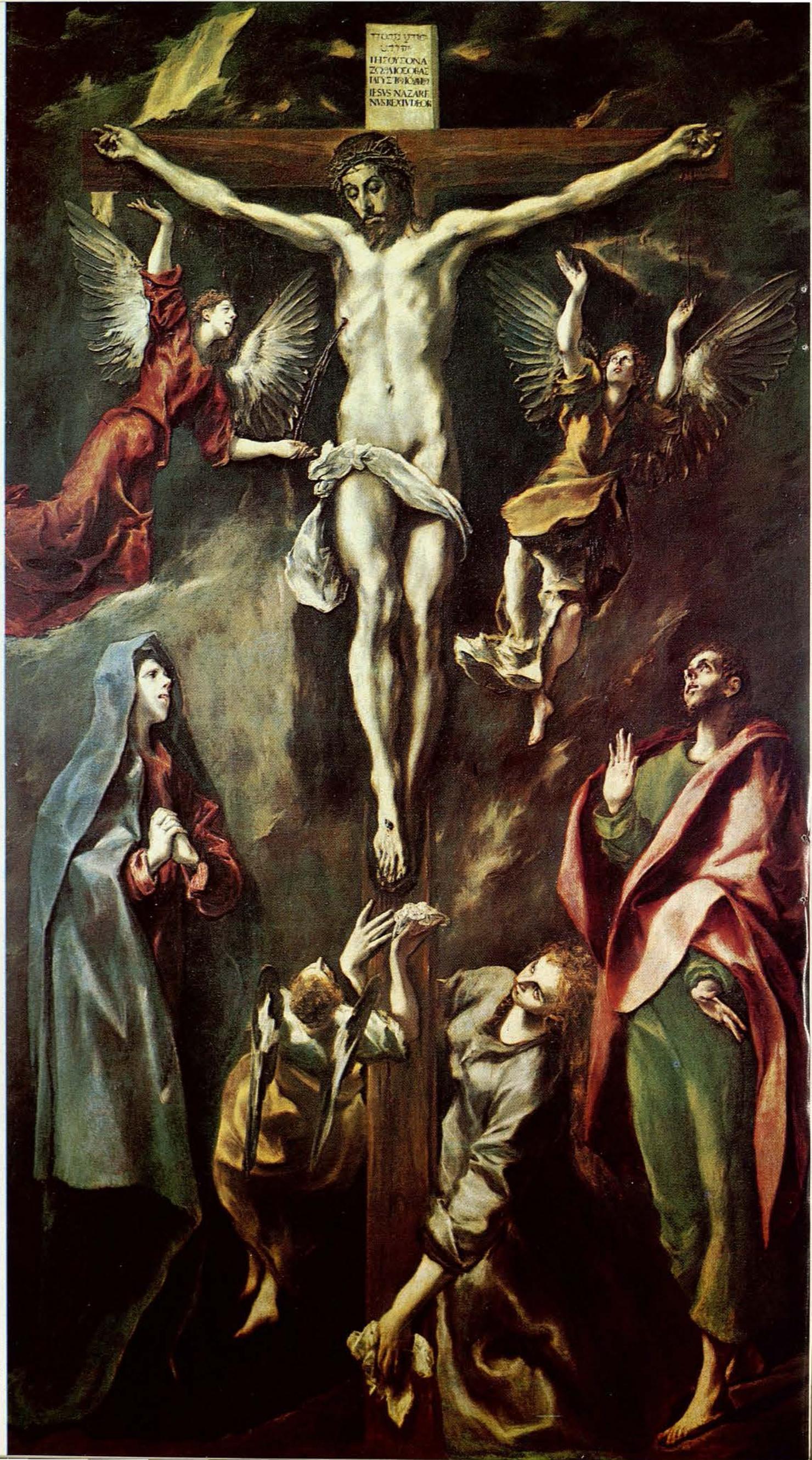
El tema que se me ha sugerido, y que enuncia el título, no es de fácil enfoque, si no han de reducirse estas páginas a meras notas

más o menos catalogales.

El conjunto de las obras del genial creador conservadas en la provincia de Madrid, sólo con el atesorado por la toledana puede compararse y eso ya desde que se pintaron. Residente el artista en la Ciudad Imperial, viniese o no atraído en 1577 por las empresas pictóricas acometidas en San Lorenzo el Real, es hecho documentado el encargo, y con premura, de que pintase para la capilla del Evan-



*La glorificación del Nombre de
Jesús.—Sueño de Felipe II.
(SALA CAPITULAR,
EL ESCORIAL)*



La Crucifixión.
(MUSEO DEL PRADO)

gelio, a los pies de la Basílica, el gran lienzo *El martirio de San Mauricio y la legión tebana* días antes del 25 de abril de 1580; aunque no lo entregó hasta el 26 de abril de 1583 con tardanza inexplicable.

Todavía lo es más que el día 31 de agosto del año siguiente se pague al italiano Rómulo Cincinato otro cuadro del mismo asunto, que es el que se coloca en el altar. Tal sorprendente incongruencia, de antiguo se ha procurado razonar alegando que la pintura del cretense no satisfizo a Felipe II. Precisamente, un texto del historiador del Monasterio, Fray José de Sigüenza, hombre de conocimientos y gusto artísticos, impreso en 1605, y escrito antes del 21 de septiembre de 1602, declara: «no le contentó a Su Majestad (no es mucho), porque contenta a pocos, aunque dicen que es de mucho arte».

Hace tiempo que vengo mostrando mi discrepancia ante esta reiterada explicación. El encargo a Cincinato originalo, probablemente, la demora de El Greco en cumplir, o el que su lienzo resultaba bastante menor de lo necesario para el hueco del altar: el cuadro de El Greco mide 4,44 de alto y el de Rómulo 5,55, diferencia que no es fácilmente disimulable. Pero, hay más: Si la composición de Theotocópuli aleja los suplicios de los mártires, también la de Cincinato coloca en primer término a los jefes de la legión y una bandera; el propio P. Sigüenza juzga el lienzo sustituto —no sé si con algún puntillo humorístico— de «harto alegre y bien tratado».

Si a lo anotado se suma que Rómulo intervino como tasador, tercero en discordia, en el pleito que, según era su costumbre, planteó El Greco respecto al pago de su obra, cometido impropio de un rival; y si bien ésta no se colocó en el altar para donde se había pintado —lugar falto de luz para contemplarlo—, se guardó; y que el cronista jerónimo la menciona en las Salas capitulares, donde continúa con cierto alarde en contraste con los reparos señalados, hay suficientes indicios para quitar a Felipe II —¡el coleccionista mejor conocedor de pintura en su tiempo!— el sambenito de que no comprendió al gran pintor.

La rectificación propuesta se robustece cuando se advierte que, además del *San Mauricio*, milagro de emoción y colorido, guarda El Escorial otras cuatro pinturas del artista: *San Francisco de Asís*, *San Eugenio*, *San Pedro* y el impropia-mente llamado *Sueño de Felipe II*. ¡Curiosa manifestación del desagrado del Monarca habrá de considerarse la entrada en El Escorial de tales pinturas, en particular, la primorosa últimamente citada!

Su asunto es la *Adoración del nombre de*



La Virgen María. MUSEO DEL PRADO

Jesús por Cielos, Tierra e Infiernos inspirado en la frase de la Epístola de San Pablo a los filipenses: «In nomine Jesu omne genu flectatur coelestium, terrestrium infernorum», que se lee como introito en la Misa del Santísimo nombre de Jesús, el 2 de enero. El anagrama escrito en el Cielo, que había sido emblema de San Bernardino de Sena, I[esus] H[ominum] S[alvator], alcanzó máxima difusión gracias a la Compañía de Jesús por lo que, quizá, deba pensarse en que el cuadro responda a su inspiración inmediata. Las vacilaciones de quienes han escrito sobre el pintor llevan este cuadro desde la fecha de su llegada a Toledo, hasta 1604. En mi sentir no será posterior a la muerte del Rey ni, probablemente, anterior al *Entierro del Señor de Orgaz* —no Conde, según erróneamente se le titula—. Por cierto, que en esta obra, la capital del pintor, se

encuentra otro indicio de que no hubo entre Felipe II y El Greco desconocimiento y desvío: haberle retratado entre los bienaventurados, cuando vivía, pues *El entierro* data de 1586-88. Todavía agregaré que conozco, por fotografía, un precioso y diminuto retrato de Felipe II entre dos figuras alegóricas, pintado sobre cuero, que no parece osadía atribuir al pincel de El Greco. Sin duda, a quien no le gustaban las pinturas del cretense era al P. Sigüenza, por una de esas incomprendiones habituales en críticos sagaces.

De los otros tres cuadros escurialenses de nuestro pintor el más importante es el *San Pedro*, de su postrera época, de factura suelta y decidida como pocos lienzos.

Las dos complejas composiciones *El martirio* y *El Nombre de Jesús*, de las más originales del pintor, desarrolladas con dominio asombroso del color, dan cali-



Martyrdom of Saint Maurice, MONASTERY OF ESCORIAL.

dad apenas superable al conjunto escu- rialense: responden a diferente concepto artístico: la grandiosidad decorativa de la primera, que sugiere la de una prodigiosa vidriera se contraponen al primor de miniaturista que admira en la segunda.

Las tres salas llenas en el Museo del Prado por pinturas de El Greco contienen muestras de varias épocas, además de la extraordinaria serie de retratos masculinos, algunos de los cuales tuvo Velázquez en su obrador palatino, como Pintor de Cámara. Los hidalgos, toledanos en su mayoría, paisanos y coetáneos de los de *El entierro*, constituyen la más fidedigna evocación del espíritu castellano en los días de Cervantes. Su anonimato, casi total, no resta «existencialidad» —si se consiente el vocablo— a los rostros, bien que fuera provechoso identificarlos; sólo dos se reconocen seguros: el uno, el jurisconsulto Jerónimo de Cevallos, gracias a un grabado, y el otro, por ostentar letrero: Don Rodrigo Vázquez de Arce, Presidente de los Consejos de Hacienda y de Castilla, abulense, que murió en 1599, severísimo juez, enemigo acerbo de Antonio Pérez.

El estado reseco de la pintura y lo descentrado de la figura, por mal clavado el lienzo al bastidor, hacía desmerecer a este retrato; de reciente, una hábil reparación ha hecho ganar calidad a la obra, ejemplo de la magnífica técnica de El Greco, que responde, sorprendentemente, a la forración y al refresco. Los demás caballeros, el médico hipotéticamente identificado, el fraile de hábito incierto, «viven» dentro de los marcos con intensa espiritualidad. El gran soldado Julián Romero, por el que impetra San Luis Rey de Francia, enlaza los retratos con los cuadros de devoción, que son los restantes del Museo.

Suman dentro de él treinta y tres las pinturas de El Greco, de las cuales once ingresaron, por legados y compras, en el último medio siglo. Gracias a ellas la colección de los retratos —que aumentó en dos—, antes muy superior a la de los temas religiosos, aparece hoy equilibrada.

Todos los periodos de la producción del gran pintor están representados en el Prado: desde la tablita de *La Anunciación*, quizá pintada en Italia, hasta el conmovedor *San Sebastián*, donado por la Marquesa de Casa-Riera, Condesa de Mora —madre de la Reina de Bélgica—, de los postreros años de su actividad. El gran lienzo *La Trinidad* y el *San Benito* fueron parte del retablo de Santo Domingo el Antiguo, la tarea acometida al llegar a Toledo (1577); en cambio, aunque permaneció más de una centuria en el ático del mismo retablo, *La adoración de los pastores* es lienzo tardío y espléndido, llevado por Jorge Manuel



Encargado al Greco El martirio de San Mauricio y la legión tebana para El Escorial, no llegó a colocarse en el altar para el que fue pintado. Un año después se pagaba a Rómulo Cincinato otro lienzo sobre el mismo tema, que mide un metro más que el del Greco. La obra del italiano fue la que se colocó en la Capilla del Evangelio, quedando la del Greco en otro lugar del Monasterio. Por el precio de ésta provocó Theotocópulos un nuevo pleito

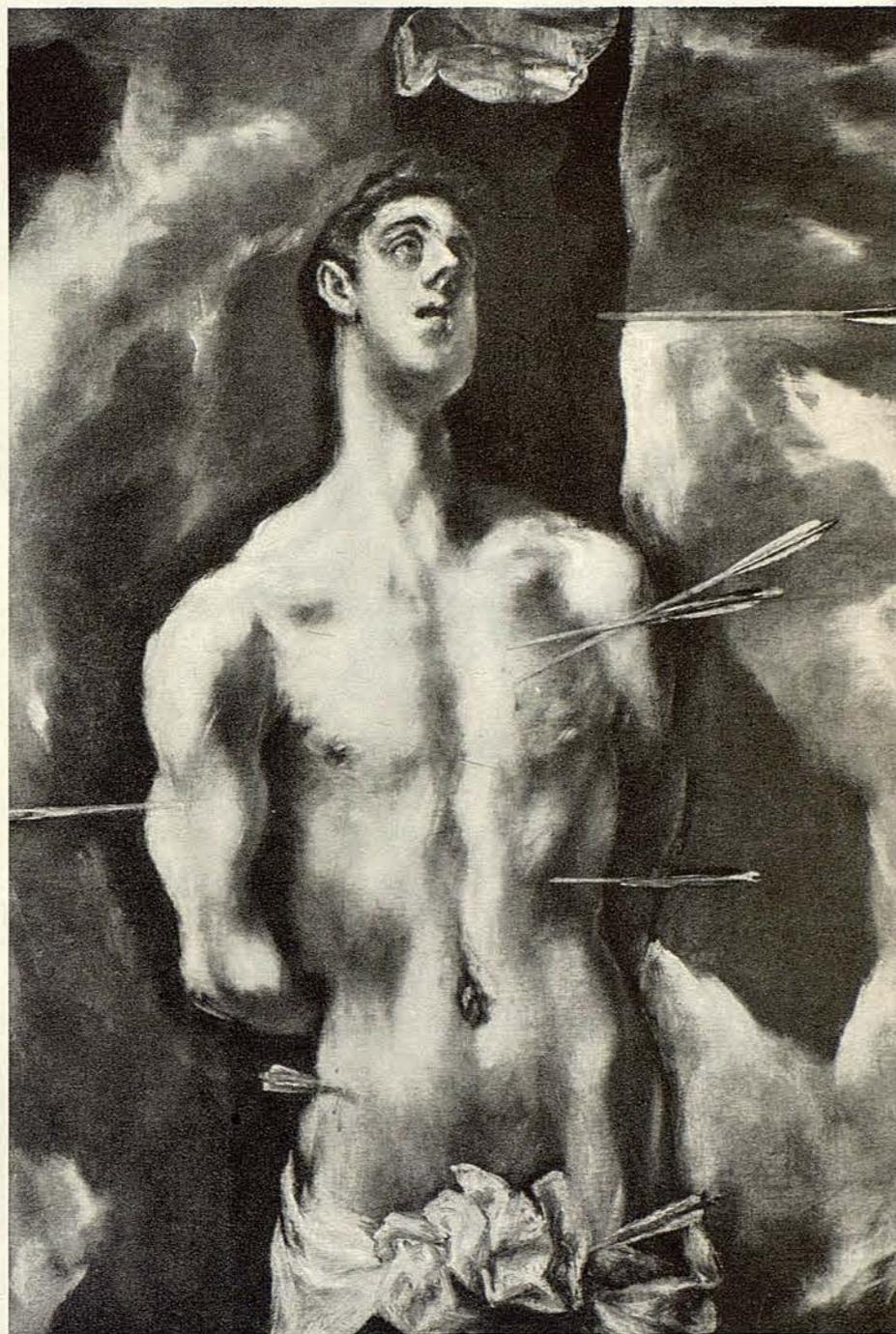


San Andrés y San Francisco. MUSEO DEL PRADO

Dominicus Beato
1899



Cristo abrazado a la Cruz. MUSEO DEL PRADO



San Sebastián. MUSEO DEL PRADO

Theotocópuli para la capilla que en el propio monasterio sirvió de primera sepultura a su padre.

Otras cuatro grandes pinturas, probablemente procedentes de iglesias madrileñas, son muestras de diversas épocas: *La crucifixión*, que se data ya entre 1584 y 1594, por Cossío, ya entre 1597 y 1600, por Busuiocanu, pudo ser la registrada en la Merced calzada de la Corte; *El Bautismo* se pintó, con seguridad, para el convento de agustinos de Doña María de Aragón, después, Senado y, ahora, Instituto de Estudios Políticos; se trajo a Madrid el 12 de julio de 1600; al mismo retablo perteneció la vi-

brante *Anunciación* depositada hace muchos años por el Prado en el museo Balaguer, de Villanueva y Geltrú, lienzos ambos de plenitud expresiva. La pareja formada por *La Resurrección* y *La Pentecostés*, y que los críticos suelen separar por advertir diferencias de factura, que, acaso, serán diferencias en el estado de conservación y en cómo han sido tratadas, pudo ser pintada, asimismo, para dicho monasterio agustino. Las dotes pasmosas y la originalidad desbordante de El Greco resplandecen en estos temas desarrollados con vigor e independencia por nadie emulados.

Otros aspectos del cretense muestran

cuadros tan bellos del Museo cuales *Cristo abrazado a la Cruz*, versión superior a casi todas las de la composición que repitió; *La Sagrada Familia*; *San Andrés* y *San Francisco*, que patentiza la observación, hecha arriba, respecto a la brillantez y la frescura de color que adquieren los lienzos de El Greco cuando son reentelados; *San Pablo* y *San Juan Evangelista*, apóstoles, que, con San Lucas y San Bartolomé, fueron predilectos del artista; y, por no hacer fatigosa la enumeración, *La Santa Faz*, que tanto influyó sobre las que había de pintar Zurbarán.

Concepciones grandiosas, composicio-



La Trinidad, MUSEO DEL PRADO

nes apiñadas, figuras expresivas hasta el paroxismo ejecutadas con fuerza colorista inverosímil... No hay en los cuadros de El Greco un decímetro cuadrado que resulte inerte.

El rápido desfile ante el lector de las tres docenas largas de obras de El Greco atesoradas por el monasterio del Escorial y por el Museo del Prado servirá de llamada a su sensibilidad; y para

aquellos que todavía no hayan visitado estas grandes acumulaciones de arte pictórico puede estimularles a conocerlas y gozarlas.

F. J. S.-C.